

YO SOY TU MADRE

MARY CARTER



 Círculo Rojo
EDITORA

Primera edición: mayo 2021

Depósito legal: AL 1127-2021

ISBN: 978-84-1398-914-3

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Carmen González

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Proporcionada por la autora y depositphotos

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

*A ti, porque cuando me precipito estás delante
para que no me caiga y cuando me paraliza estás detrás
para empujarme. Le das sentido a todo y, además,
pusiste la semillita.*

Cuando tenías casi trece años, mientras buscaba poseída mi portátil por toda la casa, me encaminé hacia tu cuarto. Sospechaba que lo habías cogido sin mi permiso. Abrí la puerta de tu habitación con el ímpetu de Cruella de Vil y te encontré con mi precioso Mac encima de tus piernas, con la mirada clavada en la pantalla. Justo antes de vomitarte una de esas frases hechas maternas, que desahogan y salen sin filtro semántico alguno, me miraste entre incrédulo y avergonzado y me preguntaste si yo te había escrito «una carta larga» cuando eras pequeño. El archivo que habías abierto, ubicado en el centro de la pantalla del escritorio, se llamaba como tú, *RUBÉN*, así, en mayúsculas. Ahora que lo pienso, pedía a gritos que lo abrieras.

Ya casi no me acordaba de que, muy de vez en cuando, hace ahora dieciocho años, había empezado a escribirte cuando estaba a punto de ser madre, TU MADRE. Como entonces estabas en plena adolescencia, nuestra relación reclamaba una mediación diplomática y no eras capaz de hilar dos subjuntivas seguidas al hablar, te chillé que eso no era de tu incumbencia y que no se leían cosas ajenas sin permiso, aunque yo te revisaba el móvil todas las noches cuando te ibas a la cama; pero eso era distinto y

no viene a cuento. El incidente sirvió para retomar aquel diario en el que fui plasmando mi experiencia como madre y al que decidí poner fin cuando cumpliste la mayoría de edad.

El comienzo de nuestra relación no fue idílico. Me deformaste el cuerpo durante el embarazo y no paraste de moverte. Tenía pesadillas porque sentía que llevaba un alien dentro. Naciste feo y no quise pasar la primera noche contigo, estaba exhausta después de toda la noche de parto. ¡Madre mía, lo que había salido por ahí! Pero lo peor vino después. Tuve que cederte espacio, te regalé mi tiempo, me convertí durante siete meses en tu Central Lechera Asturiana, y tú, a cambio, me regalaste doce kilos más.

Como esta movida de la maternidad se alejó mucho de lo que me habían contado o me había imaginado, durante estos dieciocho años he hecho lo que mejor sé hacer: improvisar.

Lo que leerás a continuación es mi versión de los hechos.

AÑO CERO

2001-2002

2 de septiembre de 2002

Hola, Sin Nombre Todavía. Estoy bastante harta de llevarte dentro y creo que no hay nada peor que un embarazo, así que, si me sigues tratando tan mal como hasta ahora, a lo mejor, te doy en adopción. Es broma, tendré que intentarlo yo primero, ¿no? Siempre quedarán los internados si la cosa se vuelve insoportable.

A punto de finalizar el octavo mes de embarazo, me gustaría presentarme; claro que, cuando leas esto, ya me conocerás de sobra, aunque no de esta manera tan abierta, porque luego, todo esto que siento ahora, se me olvidará, o alguien te dirá que lo pensé y lo dije y yo lo negaré, así que mejor que quede por escrito.

Si todo sale bien me convertiré en tu madre en unas siete semanas, o eso vaticinan todos los manuales, revistas, páginas web y conversaciones de pasillo que, dicho sea de paso, me aburren más que dos lavadoras de plancha. Creo que es justo que me conozcas un poco mejor y eso pasa por ponerte un poco en contexto esbozándote los treinta y cuatro años previos a tu concepción en

los siguientes párrafos, que incluyen algunas reflexiones baratas y nada filosóficas de cosecha propia.

Quiero que sepas que nunca me he identificado con estas frases que leo de las famosas en las revistas o que escucho a compañeras y a algunas supermadres: «¡La mejor experiencia de mi existencia! ¡Mi vida ha cobrado sentido con la maternidad! ¡Por fin me siento realizada!». Me parece que rozan el postureo moña y están sacadas de Cursilandia.

Parece que las mujeres de mi generación y, sobre todo de las anteriores, nacemos para ser madres entre otras muchas labores domésticas y familiares. Más que mujeres se nos considera hembras mamíferas, educadas, directa e indirectamente, para ser entes reproductivos. Esto es algo que se ha transmitido de generación en generación en todo el planeta y nunca se ha cuestionado.

Es algo inocente que empieza con el juego cuando eres una niña. Muñecas y bebés cada vez más sofisticados son los regalos en cumpleaños, comuniones o Reyes. Mientras creces y transitas de la infancia a la adolescencia y de esta a la juventud, te adoctrinan a través de programas o anuncios en la tele. Hasta en tu casa ya vives en ese futuro que, se supone, te espera. Los mensajes sutiles y no tan sutiles con los que te bombardean son constantes y acabas interiorizando que, tardes lo que tardes, has nacido para ser inseminada y traer seres vivos a este mundo; eso sí, con el amor correspondido y los recursos suficientes como telón de fondo, claro. Como si viniese de serie.

Pero nadie nos habló en casa ni en el colegio o el instituto de cómo llegaban los niños a este mundo. En mi caso concreto, y en el de muchas mujeres de mi generación, mi madre ni siquiera me advirtió de que tarde o temprano aparecería una cosa llamada «la regla». ¡Menudo susto me llevé la primera vez! Estaba sola en casa y no me moví del baño hasta que tu abuela llegó de la compra. Asustada, le dije que creía que estaba muy enferma. Entró en el baño, vio el panorama, salió sin decirme nada y volvió con unas bragas limpias y unas gasas gigantes que enrolló y metió dentro.

Me dijo que me las cambiara de vez en cuando. «¿Qué es esto?», pregunté yo. «Pues nada hija, que ya te ha venido». «¿El qué?», dije anonadada. «Pues el mes». Mantuvimos esa conversación, yo desde el baño, gestionando esta nueva situación en mi vida, y ella desde la cocina donde empanaba unos filetes para la comida. Insistí: «¿El mes, qué mes? ¿Y cuándo para? ¿Es grave?». «Hija, pero ¿no te ha contado nada tu prima, que ya está con esto desde hace unos años, o alguna de tus amigas?». Mi prima, que vivía en otra ciudad distinta y nos escribíamos cartas una o dos veces al año. Mis amigas..., que no tenía. A los ocho años me pusieron gafas porque no veía ni tres en un burro y pasé a ser la Cuatro Ojos del colegio. Total, me quedé con las ganas de saber más sobre el tema, visto que mi madre no tenía intención de aclararme nada. Ese día lo remató mi padre durante la cena, que me dio la enhorabuena por «ser una mujer». Mi hermano, que tenía un año más, preguntó qué pasaba, pero no le contestaron. Yo tenía catorce años y todavía llevaba bragas de ganchillo que me hacía tu abuela y que me rozaban las ingles.

Así crecí y, luego, poco a poco, todo se te olvida durante los largos años de juventud: universidad, amigos, otros amigos, alcohol, rollos, novios, los primeros trabajos...

Pero resulta que todos esos mensajes subliminales y directos que has acumulado durante tanto tiempo se descongelan de repente cuando alguna de tus amigas te dice que está embarazada y que se va a casar.

¡COÑO! ¿Qué ha pasado? ¿Qué me he perdido? ¿Cuándo? ¿Por qué? Y piensas que estás a años luz de esa situación. Por no tener no tienes ni novio. Pero ¿ha llegado ya el momento? ¿Tan pronto? ¡Joder!, mi amiga solo tenía veinticuatro años, como yo.

Se suponía que ninguna de nosotras estábamos en esa etapa. Algunas tenían novio, pero de ahí a montar la casa de Pin y Pon y empezar a tener Barriguitas se me ocurrían varias evoluciones previas.

Yo entonces solo pensaba si mi siguiente tinte iba a ser negro azulado o cómo hacerme en casa otro agujero en la oreja, a dolor

vivo, con aguja de coser y hielo. Aquellas fueron unas semanas muy raras. Creo que fue la primera vez que asomó la cabeza, tímidamente, eso que llaman «reloj biológico».

Pasado un tiempo, un traslado de mi padre me ayudó a tomar una decisión que mi entorno de entonces juzgó equivocada. Dejé el trabajo en la ciudad donde estábamos. Era directora y presentadora de las noticias de la noche en la televisión local y me fui con mis padres a un pueblo de Madrid a pudrirme del asco. Pero ni una sola vez, de los casi seis meses que pasé allí, me arrepentí. Eso sí, me aburrí de manera indescriptible todos y cada uno de los días.

Tus abuelos, aunque no entendieron que dejara un trabajo tan bueno —mal pagado y en negro—, presionaron lo justo. De vez en cuando comprobaban si había alguna posibilidad de que rectificara mi decisión y, de paso, seguir presumiendo de «hija presentadora». No es que no me gustara el trabajo, pero después de cinco años intensos en los que lo compatibilizaba cada día con la universidad por la mañana y la escuela de idiomas por la tarde, se hizo monótono. Todos los años las mismas noticias, eventos y acontecimientos. Empecé a ganar popularidad en la ciudad y me llamaban para presentar o inaugurar actos múltiples. Llevaba una doble vida: por las mañanas, en la universidad, en Madrid, era una estudiante feliz y entusiasta de una profesión que entonces sentía que era vocacional, el periodismo. Por las noches, los que sintonizaban la tele local me veían presentar las noticias de la ciudad y, algunos fines de semana, inauguraba eventos gastronómicos o folclóricos. Me integré poco a poco en esa vida social de provincias. Era demasiado joven, tenía veinticuatro años y sentía de una manera intensa que mi futuro profesional no pasaba por ahí. Cuando tuve una excusa, me fui.

Sabía que había acabado una etapa y empezaba otra, no sé cuál, pero otra. Y hasta que llegó, mi madre me tiranizó en la cocina y en casa todos los días. Saqué brillo no sé cuántas veces a los muebles, porque se inventaba sitios donde limpiar en los que no limpiaba nadie o me hacía limpiarlos como no los limpiaba

nadie; hice croquetas, albóndigas y purés para alimentar a veinte generaciones. Reviví una y otra vez la misma conversación trasladada a todas las estancias y enseres de la casa.

—Mamá, ya acabé de limpiar el polvo del salón.

En vez de contestarme, salía de la cocina, iba al salón y me decía:

—Ven, acércate.

Me acercaba y observaba cómo se encorbaba a cámara lenta en un escoramiento preciso e imposible para acabar en un ángulo de noventa grados perfecto enfrente de la ventana, y me replicaba:

—Mira, agáchate y dime si eso está limpio.

—No hay polvo, mamá, ya te he dicho que acabo de pasar el trapo, joder.

—No te estoy hablando del polvo, y no digas palabrotas, ¿qué ves?

—Nada, mamá.

Me cogía del brazo y me colocaba para que viera las marcas de los dedos que tenía la puerta del mueble bar del salón (ese mueble bar inenarrable, de madera granate brillante) y que solo se veían si te colocabas en esa posición exacta y absurda para buscar el reflejo de la luz sobre la superficie. Parecía que jugábamos al Twister.

—Si no aprietas, no se quitan; no vale solo con limpiar el polvo.

—Venga ya, mamá, que no se ve.

—Pero ahí están, ¿no? Mi obligación es enseñártelo. Luego, el día que tengas tu propia casa si quieres ser una marrana, será ya asunto tuyo.

Y se volvía a la cocina a seguir trajinando. Yo me quedaba en esa posición imposible de yoga y pensaba en que tenía que salir pronto de aquella casa.

Tampoco colaba lo de dejar de hacer algo solo un día, la plancha, por ejemplo. En un intento de escaquearme, me alejaba de ella sin hacer contacto visual, mientras le soltaba la frase en *off*:

—Mamá, plancho mañana, que me apetece terminar el libro que estoy leyendo, ¿vale?

Lejos de enfadarse, me contestaba con esa frase y en ese tono único cuyo subtexto me provocaba siempre una implosión emocional primero y la ejecución muda de «mis labores» después:

—Si no quieres, no pasa nada; ya lo plancho yo después de comer, cuando termine de recoger la cocina.

—¡Que lo hago yo, coño! Pero mañana, ¿qué más te da?

Y entonces llegaba LA FRASE que, como un mantra castellano, he escuchado de su boca más veces que el Padrenuestro de El Ángelus de las doce.

—Un día que no barrí, a mi casa vino quien yo nunca vi.

Forzamos nuestra relación al límite y empecé a irme de casa a dar paseos por el campo sola para no provocar enfrentamientos mayores. Al fin y al cabo, estaba en su casa por voluntad propia.

Pero su manera de tocarme la moral cuando quería entrar a matar o cuando sentía que tenía que darme una lección por no haber quitado los dedazos de algún mueble o haber planchado mal las mangas de alguna camisa, era sugerirme que limpiara la escalera del portal, como las porteras.

Pero aguanté, y así pasó medio año hasta que, un día, me localizó un amigo que me dijo que me llamarían para hacer una entrevista en una televisión nacional en Madrid. Había un puesto vacante de redactora. En menos de una semana, yo, tu futura madre, que seis meses antes escribía sobre política local, me zambullí en el mundo del entretenimiento, la lentejuela y la brillantina. Me vine a la capi con una maleta horrorosa y ortopédica, cuatro mudas y algo de ropa por si la cosa salía mal y tenía que volver. Me acogió en casa de sus padres, durante casi un año, mi mejor amiga, Almudena. Nos habíamos conocido en la universidad a la que yo iba todos los días desde la ciudad en la que vivía con una mochila en la que mi madre me obligaba a llevar una muda «por si te pasa algo hija y te tiene que atender una ambulancia en mitad de la calle», y algo de dinero que no me

podía gastar, salvo «si pierdes el autobús para volver y te tienes que quedar en alguna pensión».

Almudena, Almu, me acogió y me llevó de su mano en aquel Madrid de finales de los ochenta y principios de los noventa. Era, y es, lista, enigmática, terca, honesta, consecuente y eficaz hasta extremos insultantes. Siempre atenta, dispuesta, sus apuntes de la universidad eran envidiables y los míos, ilegibles. Su sentido de la medida y el comedimiento debería ser estudiado en la facultad de Psicología.

Gracias a ella y su familia empecé de nuevo, en otro círculo, con otros amigos. El gen de la maternidad, que había asomado un par de años atrás con timidez, se criogenizó. Pasaron más años. Me afianzaba en mi carrera profesional. Crecía y adquiría más y más experiencia y puestos de responsabilidad. Se podía decir alto y claro que mi carrera iba viento en popa y mi vida sentimental entre regular y mal, bastante a pique.

Compartí piso con una compañera que conocí en la tele, que acabó haciéndose un hueco importante en mi vida y se quedó para siempre también, otra de tus tías postizas, Tina. Una mujer opuesta a mí por completo, que me llamaba «cateta» con total impunidad y mucho encanto, una auténtica *bon vivant* que disfrutaba de la vida como nadie, estilosa como pocas, atrevida, muy divertida, derrochadora y la persona más generosa que he conocido. No cejó en su empeño de modernizar por todos los medios a esta chica de provincias que va a ser tu madre.

Y, cuando crees que nada puede salir mal, cosas terribles se suceden sin que puedas parar esa sangría emocional. La muerte de mi mejor amigo me rompió el corazón. Supuso la primera gran pérdida de mi vida y me sumió en una profunda tristeza imposible de gestionar. A eso se sumó un parón profesional que me hizo volver a la casilla de salida y comprender que había elegido una profesión fascinante, pero inestable. Para rematar el ciclo, dos rupturas sentimentales seguidas que me dejaron dando vueltas en una puerta giratoria que no paraba nunca, terminaron por hundirme

en un mar de inseguridades y conformaron dos *annus horribilis* que creí que no acabarían nunca; pero te aseguro que las rachas, sean buenas o malas, no duran eternamente. De las primeras disfrutas y de las segundas aprendes, no porque lo digan las revistas o Paulo Coelho, sino porque no te queda más remedio.

Resurgí como el ave Fénix. En menos de un año volví a liderar un proyecto creado por mí, novedoso y alejado de la tele convencional del momento con un equipo nuevo del que anexionaba a mi vida una nueva amistad que también sería ya para toda la vida, Lola. Inclasificable, única, brillante, provocadora, instruida y elocuente. Mi fascinación por ella, que nunca disimulaba porque no sabía cómo hacerlo, hizo que me incorporara a su órbita casi al instante y de por vida. Un día cualquiera me presentó a uno de sus mejores amigos, tu padre.

Cuando ya había decidido que estaría sola el resto de mi vida o que, como me decía un amigo mío, moriría en la más absoluta soledad rodeada de gatos, aparece ÉL, casado y con un hijo de casi tres años, tu hermano Daniel. Me atrajo al instante, aunque no entraba en mis planes tener un amante. Claro que el problema lo tenía él, no yo. Así que avancé. Nos dimos el primer beso en su coche a finales del 98. Tres meses más tarde compré mi primer piso y nos fuimos a vivir juntos mientras se divorciaba.

Empezamos a construir una vida que no fue nada fácil y en la que no faltaron obstáculos, pero los iba sorteando porque era la primera vez que me enamoraba de verdad; nunca, hasta ese momento, había experimentado un sentimiento tan poderoso como cabrón, por la indefensión en la que te deja cuando crees que lo puedes perder o, peor y más frustrante aún, porque piensas que no estás capacitada para retenerlo.

Se podría decir que tu padre, poco a poco, sacó la mujer que yo llevaba dentro y que me era una completa desconocida. En general, nos educan para agradar en un mundo muy masculino.

Muchas llevamos a cuestas una mochila cargada de complejos, inseguridades y deseos que nos esforzamos en maquillar para no

parecer más débiles o demasiado ambiciosas, pero todas, absolutamente todas, tenemos mucho potencial y solo necesitamos que las personas que están a nuestro lado, tengan el rol que tengan, nos empujen desde el amor, el respeto y la lealtad para hacernos florecer. Y cuando lo hacemos, ya nadie nos puede parar. Recuérdalo cuando creas que estás con la persona que te hará feliz en la vida. Empújala, aliéntala, admírala y, sobre todo, hazla reír de vez en cuando. Deberías tener ese potencial porque serás mi hijo y, si no funciona y no te hace sentir único de vez en cuando, es que no te merecía. *Next.*

Ante todo, tienes que saber que eres un niño buscado y deseado, no fruto del azar o de la falta de planificación, pero tampoco de la obsesión por traer un ser a este mundo. Fue una conversación corta entre tu padre y yo: «Oye, no sé, a lo mejor... ¿Y si tenemos un hijo?, ¿te apetece repetir?», le decía yo a tu padre. «Como prefieras, me da igual, si a ti te apetece mucho... , pero que sea niño». Más o menos fue así con alguna otra frase de por medio. El resto fue un proceso natural, seguimos con nuestra vida, dejé de tomar anticonceptivos y nos olvidamos del tema.

Unos meses más tarde me empezaron a crecer las tetas. En mi vida las había tenido así; para mi padre, tu abuelo, mis tetas y las de mi hermana, tu tía, eran «tetas cebolleras, porque te echas a llorar al verlas». Eso le dijo a tu padre cuando creyó que ya había suficiente confianza.

Pensé que a lo mejor estaba embarazada, pero me había venido la regla el mes anterior, así que seguí sin darle importancia y concluí que ovulaba con más intensidad de la habitual. Pasaron los días y tenía el pecho ya como una adolescente reventona por lo que decidí que, antes de irnos a trabajar (tu padre y yo trabajábamos entonces en la misma empresa), compraría en la farmacia uno de esos test de embarazo. Lo metí en el bolso y me olvidé. Un par de días más tarde, mientras discutíamos un proyecto en el que estábamos inmersos mi equipo y yo, tu padre vino a mi despacho para charlar un rato y me acordé de la prueba. Me lo llevé al baño

y me la hice. No tenía una especial ilusión en que saliera positivo, aunque habíamos decidido que, si pasaba, pues pasaba. No sentíamos, como te he dicho, esa obsesión, deseo o expectación que tienen otras mujeres o parejas.

El *shock* vino cuando comprobé que sí, o eso decía el aparatito, que estaba embarazada. Al volver, tu padre arqueó las cejas en forma de pregunta y, sin articular palabra y siguiendo con la comunicación gestual, asentí con la cabeza mientras esbozaba una sonrisa muy moña. Nos reímos los dos y, unos segundos después, el resto de mi equipo allí presente y no ajeno al momento cine mudo, se enteró de la noticia. Tras unos minutos con las felicitaciones de rigor, tu padre se fue a su departamento y yo seguí currando.

Aunque sabía que estaba embarazada, la mayoría del tiempo se me olvidaba; solo me lo recordaban las arcadas que empezaron unas semanas después y que se manifestaban cuando me ponía delante de un plato de comida. Empecé a pasar hambre y me negué a tomar el medicamento que mandaban para estos casos. No soy partidaria de tomar nada salvo que la cosa sea seria, claro. Creo que el cuerpo puede defenderse solo si le das tiempo, y así fue. Tampoco seguí a rajatabla las prohibiciones de no tomar vino o jamón. Preferí saltarme la recomendación y comer embutido o beber una copita de tinto o blanco de vez en cuando, sin abusar. Y así pasaron los primeros meses hasta que, en el quinto, desaparecieron las náuseas y mi cuerpo comenzó a transformarse de manera drástica.

21 de septiembre de 2002

Quiero que sepas que estos tres últimos meses de embarazo, a pesar de estar dentro de la más absoluta normalidad y sin querer parecer desagradecida, has invadido sin piedad mi cuerpo. Has aumentado en varios centímetros el tamaño de mis tobillos, tengo escocida casi a todas horas la cara interna de los muslos, me

he gastado la mitad de mi sueldo en cremas antiestrías, camino como C-3PO y me como hasta los huesos de las aceitunas.

Aparte de lo físico, he tenido que aprender poco a poco, palabrita a palabrita, otro idioma. Términos y expresiones de otra galaxia tales como oxitocina, meconio, borramiento vaginal, puerperio, percentil, o como coño se escriba, maxicosi y un sinfín más de guarradas, objetos y peligros potenciales sin los que vivía yo muy tranquila. Ya me debes dos, que te recordaré cuando maduras, y las usaré como chantaje para que luego no me abandones en una residencia cual hijo desagradecido y frío que no se ocupa de su madre.

Pero avancemos. Tienes un hermano que se llama Daniel y no es hijo mío. Ya te lo explicaremos cuando preguntes por qué va y viene y no se queda en casa. Como no eres una niña, que es lo que yo quería (una niña que se llamara María), le hemos dejado que elija tu nombre. Está entusiasmado, aunque ya le hemos dicho que Felipe, como el príncipe heredero, no. Ni Zidane, un jugador del Real Madrid. Ni tampoco, por supuesto, Picachu ni ningún Pokemon o evolución, ni Oliver ni Benji. Ya le quedan menos opciones.

Tu hermano tiene seis años. Es guapo, simpático y un incansable conversador. Mejor dicho, preguntador. Le encanta el fútbol y es del Real Madrid. Es un buen momento para decirte que yo, TU MADRE, soy del Barça, superculé. Tu padre no cuenta porque es del Athletic Club de Bilbao. Tú verás con quién te conviene empatizar... Al principio, Dani me trataba con recelo, ¡pobre, tan pequeño y con solo tres añitos! Al fin y al cabo, para él yo era la culpable de que sus padres ya no estuvieran juntos.

Cuando lo conocí, me congeló de nuevo el gen de la maternidad. Era incapaz de descodificarlo y, de vez en cuando, me daba patadas en el sofá y me decía que me fuera de casa. Yo le contestaba igual o más borde, pero con humor, que la casa era mía y que tendrían que irse papa y él a dormir a un hotel feo donde no había biberones con colaca ni un DVD con Mary Poppins

para verla una y otra vez. Le descolocaban tanto mis contestaciones que acabó por aburrirse y decidió disfrutarme. Tu padre fue decisivo, lo hizo todo fácil y natural. También ayudaba a la integración mutua que solo viniera cada quince días. Así que, como no podía ser de otra manera, unos años después de convivir con Daniel (tres, concretamente), decidí que era el momento de completar la familia, aportar otro miembro a la sociedad y un futuro contribuyente a la Hacienda Pública. TÚ.

Aunque tu familia seremos los que ya te he dicho, tienes más, mucha más. Tu padre te aporta ocho tíos y diez primos en este momento; y yo, dos tíos y un primo que nació hace tan solo tres meses, Diego, y con el que, supongo, jugarás mucho en un futuro cercano. Hay de todo, hasta una tía del Opus. Ya lo verás o te lo contaremos, o te lo escribiré si surge. También conocerás a tres abuelos, mis padres y la madre de tu padre, tu amama.

Vivimos en un piso céntrico que compré hace unos años. Es pequeño, pero te parecerá enorme durante un buen tiempo. Como tardarás en tener criterio te gustará y, si las cosas van bien, tenemos pensado comprar otro algo más grande, así que ni te acordarás de este.

Esto es una primera toma de contacto muy básica para que sepas los titulares con los que te vas a encontrar. De mí no te cuento nada porque, de momento, estás obligado a quererme por pura necesidad y eso, supongo, abrirá el resto de las puertas.

Una cosa más, tenemos muchas ganas de verte y no para descubrir a quién te pareces, de eso ya se encargará el resto de la familia; tu hermano para jugar al fútbol contigo, tu padre para disfrutar de sus chicos y yo para dejar de sufrir e intentar recuperar mi cintura.

11 de octubre de 2002

Solo me falta una semana para salir de cuentas y sigo fiel a mi falta de previsión en materias domésticas porque no he prepara-

do nada de lo que se supone que debo tener listo por si hay que salir sin previo aviso al hospital, ni siquiera he comprado pañales. Tampoco hemos montado el moisés, otra palabrita que no deja de ser una cuna pequeña que se balancea, ni preparado la bolsa con lo básico para ti y para mí. Mi madre, que es muy previsora, tras reprocharme asombrada que no tuviera ninguno, me ha comprado un camisón para mi estancia en el hospital que, más que para mí, parece para ella. De habérmelo puesto hace nueve meses no me habría quedado embarazada, seguro. Se quedará unos días con nosotros cuando nazcas, por eso de ser útil, aunque, en un piso tan pequeño, no sé cómo acabaremos la abuela y yo. Cuando estamos juntas en un pequeño espacio por un tiempo prolongado experimentamos un efecto similar al de la inmersión de los Mentos en una botella de Coca Cola grande, es decir, erupciones, en este caso verbales, espontáneas, prolongadas e intensas.

16 de octubre de 2002

Hoy he salido de cuentas. Sigo bien y tú no parece tener prisa. Ya me he convertido en una peonza humana y he dicho que, si no sales mañana, te saquen como sea. Bueno, hasta pronto y suerte para ambos; y si hay que elegir, pues yo, que, al fin y al cabo, todavía no te conozco y no me ha dado tiempo a cogerte cariño. No te tomes esto mal cuando lo leas, estoy segura de que es el miedo el que habla por mí.
